Modos de historiar España anteriores a Américo Castro

por

Guillermo Araya

En 1947 se publica el tomo primero de la *Historia de España* dirigida por Menéndez Pidal[1]. Este tomo se inicia con el extenso estudio del director de la obra titulado *Los españoles en la historia (Cimas y depresiones en la curva de su vida política);* en estas páginas se contiene una interpretación condensada de la historia de España según los criterios de su autor. Un año más tarde, en 1948, será publicada la primera versión de la obra principal de A. Castro con el título de *España en su historia.* En 1956, como réplica a este libro, aparecerá *España, un enigma histórico* de Sánchez Albornoz[2]. Al año siguiente, en 1957, ya está en las librerías la *Historia social y económica de España y América,* dirigida por Vicens Vives[3].

Creo que es oportuno examinar sintéticamene las ideas principales de estos historiadores. Esto ayudará a percibir más claramente la concepción de la historia que tiene A. Castro —asunto que expondré en otra parte. Este examen está puesto al servicio de captar a fondo las ideas de A. Castro en cuanto contrastan con las de estos autores. No se trata, pues, de exponer en su totalidad el pensamiento de cada uno de ellos.

§ 1. R. Menéndez Pidal: Los españoles en la historia

Para D. Ramón la historia de España es la historia de los españoles. Pero, a su vez, el ser españoles unos seres humanos les viene de haber nacido y vivido dentro de una determinada región geográfica. Esta área geográfica es la península situada en el extremo sur y occidental

[1]Espasa-Calpe, Madrid.
[2]Editorial Sudamericana, Buenos Aires.
[3]Editorial Teide, Barcelona-Madrid.

innato. Y Séneca debe mucho de su capacidad para profundizar en esta tendencia filosófica a su ascendencia hispánica. El influjo de Séneca en la filosofía española sería intenso[9].

Para explicar el antagonismo permanente que existiría entre dos bandos irreconciliables a través de todo el pasado peninsular, R. Menéndez Pidal acepta la hipótesis de las dos Españas de Fidelino de Fuigueiredo[10]. Este divisionismo constante lo ve aparecer M. Pidal ya en las guerras púnicas: "Con ocasión de las guerras púnicas sabemos por primera vez cómo se enfrentan dos Españas, aliada una de Aníbal y otra de los Escipiones" (Op. cit., p. 93). En los siglos posteriores no haría más que reiterarse esta polarización ibérica inicial: así los visigodos en tiempos de la invasión árabe; los partidarios y opositores de la reforma cluniacense en el período de Alfonso VI; afrancesados y tradicionalistas durante los siglos XVIII y XIX; europeizantes y españolistas en el siglo XX, etc.

No una consideración extensa, pero sí suficiente, dedica M. Pidal, en esta introducción, a la importancia de lo musulmán en España. Especialmente señala que el proceso de identificación entre estado y religión se debe en España a la lucha secular de los cristianos del norte contra los árabes[11].

Lo judío, sin embargo, está prácticamente silenciado. Si mi atención no ha sufrido decaimientos, creo que hay una sola frase dedicada al influjo de los judíos en lo español a lo largo de todo su estudio[12]. Pero esta sola frase tiene un sesgo meramente literario en lo que respecta a los judíos. No se dice que éstos hayan influido en la concepción que los españoles tuvieron, en esa época, de la política imperial. Sólo se indica que el pueblo español se parecería al pueblo judío en el orgullo. Lo judío no integra, ni poco ni mucho, la visión que tiene M. Pidal del pasado español.

Cuando Menéndez Pidal bosqueja la "personalidad de *Hispania* como provincia del Imperio Romano, extrema su esfuerzo para descubrir una continuidad ininterrumpida entre los *romanini hispanici* y los españoles propiamente tales. En escritores, políticos, pensadores y religiosos de la Hispania romana, percibe rasgos que reaparecerán siglos después en personalidades cuya lengua será el castellano.

[9]*El homo hispanus* "lleva en sí un particular estoicismo instintivo y elemental; es un senequista innato. Por eso el pensamiento filosófico español, en el curso de los siglos se inspiró siempre en Séneca como en autor propio y predilecto. Mucho le debe ciertamente, y a la vez también debe Séneca, acendrador del estoicismo, al hecho de haber nacido en familia española". Op. Cit., p. 15.

[10]V. Fidelino de Figueiredo. *Las dos Españas*. Stgo. de Compostela, 1933.

[11]Op. Cit., pp. 35-36.

[12]..."pues sin duda la enfermedad causante de la decadencia bajo los Austrias *fue el orgullo a la judaica,* creyéndonos el nuevo pueblo de Dios, lo cual nos divorció del resto de Europa". p. 121.

Mommsen y Menéndez y Pelayo, entre otros, veían en los Séneca el germen de ciertas tendencias literarias españolas que se desarrollarían diez y siete siglos después. El culteranismo y el conceptismo serían tales modos literarios. Siguiendo el esquema de tal tipo de comparaciones, M. Pidal cree descubrir en Lucano los antecedentes primeros del realismo español[13]. En esta misma línea estaría Marcial.

No una equivalencia completa, pero sí una similitud muy próxima cree descubrir entre Teodosio y Carlos v. El arrianismo combatido por el emperador romano se transforma en un tipo de protestantismo del siglo IV y el protestantismo perseguido por Carlos v deviene en arrianismo del siglo XVI. El puente para estas identificaciones lo constituyen los germanos que en un caso y otro eran los que atentaban contra la ortodoxia[14]. El Imperio Romano, gracias al hispano Teodosio, enfrentó los problemas religiosos con un criterio universal. Actitud que será la misma de España en el siglo XVI: "*España* aprendió de Roma ideas de universalidad, las hizo suyas y afirmándolas en este momento último de plenitud [siglo IV] que, por obra del mismo Teodosio, disfrutó el orbe romano, *toma en la historia imperial una posición análoga a la que en otro momento de exaltacion de la vida propia adopta en la historia europea del siglo* XVI" Op. cit., p. 159) (El subrayado es mío). El texto citado abandona toda distinción entre *Hispania,* provincia del Imperio Romano, y *España,* nación europea surgida siglos después de la caída de ese imperio. La palabra *España* sirve en este texto para identificar la patria de Teodosio lo mismo que para designar a los españoles del siglo XVI.

En Trajano percibe M. Pidal rasgos que reaparecerían más tarde e Hernán Cortés[15]. La personalidad del conquistador ultramarino, pintada por Bernal Díaz, estaría muy próxima a la imagen que Plinio ha dejado de Trajano. Pero, por otra parte, en Trajano se continuarían algunas virtudes de los primitivos pobladores de Iberia: ..."en fin, [Trajano] hace en todo muestra de la austera simplicidad que Trogo admiró en Viriato..." (Op. cit., p. 145). Esta "austera simplicidad" reaparecerá, por otra parte, andando el tiempo, en Teodosio: [sigue la cita iniciada arriba] "y que la continuación de Aurelio

[13]..."su epopeya [la de Lucano] puramente histórica, sin dioses ni mitología, tan distinta de lo que había hecho Virgilio, como de lo que después hace Silvio Itálico, o puede ser sino un primer brote del realismo que va de Cervantes a Goya". Op. Cit., p. 143. En sus diversos estudios sobre el *Cantar de Mio Cid,* M. Pidal ha repetido varias veces que cree ver ya en Lucano el realismo histórico que reaparecerá más tarde en este poema.

[14]V. p. 157.

[15]..."gran colonizador, como Cortés, fundó la Nueva España, funda él [Trajano] esa nueva Romania y salva una crisis económica trayendo a Roma los ingentes tesoros del dacio Decébalo, como Cortés hace posible el imperio hispano con los tesoros de Guatimocín". Op. Cit., p. 145.

Víctor volverá a admirar aún mayor en otro compatriota de Trajano, en Teodosio". La cadena de "españolidad" es, pues, ininterrumpida: Viriato→Trajano→Teodosio→Cortés. Desde que hay noticia de algún habitante en la península, hasta nuestros tiempos, existen rasgos caracterológicos indelebles. Estos rasgos prueban que el pueblo "español" —en último término— es uno solo desde los tiempo de Viriato hasta hoy. Porque la personalidad y la obra de Trajano, como en el caso de los Séneca, se explica porque nació en la península: "El nuevo estilo de gobernar con que Trajano afirmó el poder imperial mediante el respeto hacia las caducas instituciones republicanas, lleva muy hondamente impresa esa característica de la sencillez, más hispana que otras apuntadas por algún escritor moderno..." (p. 146). (El subrayado es mío)[16]. A medida que M. Pidal traza la silueta de Trajano, deja afluir claramente la enorme admiración que siente por este *optimus princeps*. Su actitud es la de un historiador que exalta honradamente las grandezas de la patria que historia. Como español, se siente orgulloso de tener a sus espaldas un pasado lleno de gloria en el que se inclu e a la Hispania romana a sus grandes figuras históricas.

En cuanto a la religión, la Hispania romana cuenta también con hombres destacadísimos que tendrán después seguidores. demás de Teodosio, D. Ramón se detiene en la figura de Osio. En el siglo XVI de España, Osio habría tenido un lugar tan exacto como lo tuvo en el siglo IV de Roma. Y así como tomó lugar en el Concilio de Nicea, podría haber destacado en el de Trento[17].

De acuerdo con todo lo anterior, la conclusión a que llega D. Ramón no es sorprendente: ..."la historia de la provincia romana nos ha dicho sobre esto ["perduración de rasgos característicos"] algo valioso, que nos impide colocar esa época (según tiende a hacerse...) como época aparte dentro de la historia de España, sin conexión activa con las siguientes, sólo como edad en que se con truye un cimiento, recibido pasivamente de arquitectos extraños" (*Op. cit.*, p. 173).

[16]Cp.: "*Esa llaneza de todos los auténticos hispanos* entra en Roma mezclada de ingenua bondad con Trajano y con la emperatriz Plotina, inundando de salud y honestidad provincianos el palacio antes horrendo de Domiciano...". Op. Cit., pp. 145-6. (El subrayado es mío).

[17]..."Osio guió unas veces y padeció otras la teocracia imperial que sobrevino al ser acogido el cristianismo por primera vez como religión de Estado; y no es ciertamente casualidad que sea ésta la ocasión en que reaparezca en la historia imperial una descollante figura hispana, como hacía más de un siglo no veíamos; la España de después se empeñó en otras muchas batallas por la universalidad espiritual que Osio defendía". Op. Cit., p. 154.

§ 2. Sánchez Albornoz: España, historia enigmática

Don Claudio Sánchez Albornoz tiene una visión de la historia de España muy parecida a la de Menéndez Pidal según se refleja en el estudio de éste comentado en el párrafo anterior. Su obra capital, *España, un enigma histórico,* es básicamente una defensa del modo tradicional de entender el pasado de España sometido a dura crítica por A. Castro en *España en su historia.* De ahí que su postura tradicional tome la forma de un sostenido anticastrismo. Anticastrismo y tradicionalismo son buenas palabras para caracterizar su obra de historiador. Sus estudios de la historia medieval de España quedan, en general, fuera de estas determinaciones. Estas se refieren especialmente a su *opus magnum* que en su concepción misma surgió como un anti Castro.

Igual que Menéndez Pidal, Sánchez Albornoz entiende que todo lo sucedido en la Península Ibérica puede ser abarcado por un solo gentilicio. Primero usó el adjetivo "hispano" para estos fines, pero más tarde emplea el vocablo "español" o "españolía". Para defenderse de la acusación de inmovilismo que podría hacerse a su visión de la historia de España si afirmara que el *homo hispanus* es siempre el mismo —como lo hace M. Pidal—, D. Claudio cae en una doble contradicción: sostiene que la palabra "hispano" nombra a todos los hombres que han existido en la península, pero que esos "hispanos" han estado en permanente cambio[18]. No se ve cómo se nombra lo cambiante de lo acontecido en la península si todo sigue siendo siempre "hispano". Ni se ve qué significado preciso puede tener esta palabra si abarca hechos diversos. D. Claudio Sánchez Albornoz ni siquiera se percata de lo extraño que resulta emplear el latinismo "hispano" para englobar todo lo humano peninsular. No se percibe por qué los vascos, iberos, turdetanos, fenicios, griegos, etc., que han existido en la península, deberían quedar contenidos en el significado de esta palabra latina. De aceptarse la proposición de D. Claudio sería éste el único caso en el que un solo gentilicio bastaría para denominar todo lo humano acontecido en una área geográfica única desde que ésta quedó apta para la vida después del proceso de retirada de los hielos hacia los polos. Un poco más adelante del estudio citado aquí en nota, parece que D. Claudio cae en la cuenta de que "hispano" es una palabra muy estrecha para lo que ha querido significar con ella. Y entonces la compone con otras para hacerla más inclusiva:

[18] "Hispano es todo lo hecho por cuantos hemos alentado en Hispania y hemos vivido conforme a la estructura funcional que regulaba a la sazón la vida de los peninsulares. No hay un arquetipo definido y definitivo de lo hispano... Lo hispano ha sido, es y será eternamente cambiante, como todo en la historia"... *Sobre historia española. Cuadernos,* Nº 5, París, 1954, p. 76.

"Es vano empeño... intentar hacer resaltar las diferencia que separan a lo español de hoy de lo hispano-cristiano medieval, lo hispano-árabe, lo hispano-godo, lo hispano-romano o lo hispano-primitivo, para negar la *hispanidad* de tal o cual etapa de nuestro pasado. Esas diferencias se acentuarán en proporción geométrica a medida que retrocedamos en el tiempo. Pero ellas no son óbice para que puedan investigarse los vínculos genéticos y las aproximaciones entre todos esos estratos de lo *español*" (Est. cit., p. 79). He subrayado en este trozo las palabras *hispanidad* y *español* para hacer perceptible cómo de un vago término genérico se da el salto a un gentilicio que se refiere a un pueblo muy determinado y preciso, con su propia lengua, literatura y cronología histórica. El acerto global del trozo citado vuelve a ser contradictorio: no tiene sentido, según D. Claudio, señalar lo diferente porque dentro de los hechos que difieren hay "vínculos genéticos". Sería vano, pues, analizar la habilidad de un individuo que fuera matemático porque lo importante sería establecer que ese matemático tiene un padre que es actor de cine. Claro que es posible interesarse por el ancestro biológico del matemático en cuestión. Pero no por eso dejará de ser él matemático y su padre actor de cine.

En la segunda edición de *España, un enigma histórico,* D. Claudio insiste en su idea de lo hispánico uno. Esto se explicaría porque el hombre español estaría más cerca de sus primeros abuelos que los otros pueblos de Occidente[19]. En rigor se trata de decir, con otras palabras, lo mismo que dijo ante M. Pidal: el *homo hispanus* que no cambia a través de las épocas —M. Pidal—, deviene aquí una pluralidad ("diversos especímenes") pero de algo que es siempre lo mismo, el *homo hispanus.* La crítica demoledora que . Castro hizo en *España en su historia* de esta concepción geológica de lo español obligó a D. Claudio a buscar modos diferentes para decir lo mismo que ya había afirmado M. Pidal[20]. Yendo al fondo del pensamiento de D. Claudio desembocamos otra vez —como en el caso de M. Pidal— en una concepción biológica de la historia. Lo historiable tiene su fundamento en una ininterrumpida herencia transmitida de padres a hijos. Lo permanente del agente histórico es su "temperamento"

[19]"He repetido muchas vece ... que no ha habido una ino muchas y sucesivas formas de españolía antes y después de la conquista musulmana y antes y después del descubrimiento de América. Naturalmente existen semejanzas y parentescos entre eso distintos especímenes del *homo hispanus* que se han sucedido a través de los siglos —lo extraño sería lo contrario— y por lo peculiar de nuestra historia estamos más cerca de nuestros abuelos primigenios que otros pueblos de Occidente". *España, un enigma histórico,* Buenos Aires, 1962, p. 6.

[20]En ocasiones la expresión verbal pone al aire, sin atenuación de ninguna clase, la firme creencia de D. Claudio en la España única: "Aunque *del paleolítico hasta hoy* ninguna parte de la *historia española* me e extraña". Op. cit., p. 3. El subrayado es mío.

que está en un continuado proceso de "acuñación" mediante el que se transmiten a su contenido actual todos los contenidos anteriores: ..."sólo conociendo la historia de la acuñación temperamental del español podremos descubrir el misterio de España" (Op. cit., p. 4). El "temperamento" como base de la identidad de todos los pueblos que han vivido en la península y la concurrencia de todos ellos en la formación de su unicidad, son ideas y expresiones que aparecen muy a menudo en los escritos de D. Claudio[21]. Al estar anudado todo lo "hispano" —desde los orígenes del hombre en la península hasta hoy— en una ininterrumpida cadena biológica, el verdadero agente de la historia en "Hispania" es un uno solo: el "temperamento" hispano". Por eso D. Claudio, lo mismo que M. Pidal, tratará de señalar características de lo "hispano" anterior a la invasión árabe que sean iguales o muy parecidas a lo "hispano" posterior a dicha invasión. En oposición al pensamiento de A. Castro, formula su idea de lo hispano ininterrumpido y único en las primeras páginas de su obra: "La España anterior a la invasión árabe cuenta para mí en el acer de la estructura hispánica de vida. No la juzgo en estado de ebulosa ni la supongo inoperante. Creo que en el largo correr de los muchos siglos que precedieron al desembarco de Tariq y de Tuza se había forjado una disposición funcional digna de tenerse en cuenta"[22]. Establecido este principio general, buscará en lo peninsular anterior al año 711 rasgos permanentes del *homo hispanus*. Esta búsqueda retrospectiva tiene diversos grados de hondura temporal. A veces D. Claudio se sumerge hasta las primeras manifestaciones vitales peninsulares. Otras veces desciende hasta lo ibérico o lo romano.

A. Castro había acuñado el término "centaurismo" en *España en su historia* para denominar algunos rasgos de los españoles proiamente tales y explica este conjunto de rasgos así llamado por la convivencia de los cristianos peninsulares con los invasores musulmanes. D. Claudio acepta el centaurismo español, pero lo hace remontar a los "primitivos moradores de Hispania": "Lo centáurico hispano extiende sus raíces hacia la herencia temperamental de los españoles anteislámicos. Se nutre de jugos que manan del orgullo apasionado, del ímpetu acometedor y del dinamismo energético de los primitivos moradores de Hispania. Se enlaza con la exaltada vitalidad cósmica del hombre integral que era ya el *homo hispanus*

[21]"No me propuse historiar la economía española, sino indagar la proyección de nuestra vida económica en la *forja de la contextura temperamental* del moderno *homo hispanus*". Op. cit., p. 706.

Séneca introduciría en el estoicismo filosófico que asumió su *hispanismo temperamental* (V. op. cit., p. 695). Todo lo referente a temperamento ha sido subravado por mí.

[22]*España, un enigma histórico*. Buenos Aires, 1956, pp. 12-13.

antes de Cristo" (Op. cit., p. 209). Como era de esperar aparece aquí otra vez la "herencia temperamental", objeto verdadero de las preocupaciones históricas de D. Claudio. Otro rasgo asignado por A. Castro en esa misma obra a lo españoles es el "integralismo". También lo admite D. Claudio. Y también lo percibe como actuante en la península desde los más remotos tiempos: "Los ex votos pétreos y broncíneos de los iberos reflejan un reali mo sorprendente; ningún filósofo romano sintió tan proclive inclinación como Séneca hacia relatos sucios y hasta malolientes, y Iarcial superó en gusto por lo rahez a los otros líricos romano de la época augú tea y del primer siglo del imperio; notas todas que caracterizan luego a los peninsulares" (Op. cit., p. 111). De de iberos a e pañoles del siglo catorce habría una ininterrumpido pre encia del "integralismo" pasando por los romanos Séneca y Marcial. o ólo en la literatura o en la filosofía los romanos portan rasgos que perdurarán ha ta hoy en la península. También el catolici mo de la *Hispania* romana posee ya las característica del catolicismo peninsular de todos los siglos posteriores. El "andaluz" Trajano y el "castellano" Teodosio son buen ejemplo de ello. "No puede ser casual que fuera un andaluz, Trajano, quien por primera vez definiese como delito la disidencia religiosa en una carta a Plinio, y que un castellano, Teodosio, impusiera a todos sus súbditos la fe católico-romana y per iguiera a los herejes. Si en el año 380 nacía a í el sistema coordinado de los grandes poderes: el catolicismo estatal y el Estado católico por iniciativa de un español los españoles convertidos al cri tiani mo, se lanzaron con tal pasión a la destrucción de los templo de los viejos dioses que su furia hubo de ser frenada por una *Constitutio* de los emperadores Arcadio y Honorario" (Op. cit., pp. 243-4).

Sólo lo judío y lo árabe están en una ituación especial en lo que se refiere al aporte que todos los pueblos que han habitado en la península han realizado para la "acuñación temperamental" de lo "hispano". D. Claudio tiende a negar o a di minuir todo lo posible la importancia de lo semítico en el nacimiento del pueblo español. En relación con lo árabe y lo judío en la historia de España se hace presente otro rasgo caracterizador de la obra de D. Claudio que se suma a los dos ya señalados (tradicionalismo y actitud anticastriana). Aunque él confiesa que lo pilares básicos de su conciencia individual, cristianismo y liberalismo, son suficiente garantía de su objetividad científica[23], un irrefrenable impulso valorativo inunda su análisis de

[23]"Pero no silencié las fallas del *homo hispanus* y ninguna saña ni siquiera ninguna fobia movieron ayer mi pensamiento ni mi pluma. Si me hubieran acometido, mi cristianismo y mi liberalismo las habrían además derrotado". Op. cit., p. 2.

semítico dentro de la historia de España[24]. Este tercer rasgo de su obra de historiador, su actitud valorativa, alcanza a veces expresión macroscópica: "He demostrado que nuestras disimilitudes frente a l s otros pueblos de Occidente y nuestras crisis y caídas han sido resultados de accidentes históricos en que no nos cupo responsabilidad y de errores de hombres ocasionalmente rectores de nuestros destinos; de accidentes que no se repiten necesariamente, de hombres hace siglos desaparecidos o que vamos desapareciendo, y de errores que conocidos y estudiados pueden ser evitados y corregidos" (Op. cit., p. 7). El más puro y absoluto azar habría signado toda la historia española. Los "accidentes" del acontecer y los "errores" de los hombres se habrían confabulado así para hacer del azar la ley básica del pasado español. Esta amarga valoración de la historia de España se intensifica cuando se trata de ver el papel que han jugado árabes y judíos. La acción de estos pueblos habría sido esencialmente negativa: "...no se me ha pasado por las mientes la idea de negar el lógico influjo de lo islámico y lo hebraico en las letras y la vida hispánicas, aunque no lo juzgue decisivo en la forja de la españolía auténtica y siga creyendo que ésta fue resultado de la antibiosis multisecular de los cristianos, los musulmanes y los hebreos, que afirmó muchas de las características de los primitivos españoles y creó una singular contextura vital" (Op. cit., p. 699). La "españolía auténtica", pues, rechazó lo semítico. No obstante que esa "españolía auténtica" es el resultado de una "forja" o "acuñación temperamental" que se pierde retrospectivamente en la noche de los siglos, llega un instante en el proceso de su forjamiento en el que se encuentra tan decantada y plena de sus auténticas cualidades que ya no admite ningún elemento nuevo y rechaza todo influjo. El "temperamento hispano" se sintió hecho y acabado cuando le correspondió enfrentarse con judíos y árabes y rechazó ("antibiosis") todo lo que esos pueblos pudieran ofrecerle. Todo esto queda establecido sin sombra de dudas respecto de su valoración de lo judío en la historia de España: "Pero cualquiera que sea la admiración y simpatía que me inspiren las empresas espirituales del pueblo judeo-español, me es preciso dejarlas aquí de lado, porque no influyeron en la forja de lo hispánico. La contribución de los judíos españoles a la acuñación de lo hispánico fue muy tra y siempre de carácter negativo, quiero decir que no transmitió lidades sino que provocó reacciones. Nada de lo esencial de la contextura psíquica del pueblo hebreo dejó huellas entre los espa-

[24]Esto lo había observado ya Vicens Vives: "Pero al hablar del mundo judío [y como veremos también del árabe], el ilustre medievalista [S. Albornoz] actúa no como historiador que va a dar un testimonio, sino como un juez —o a veces fiscal— de una secta peligrosa". VICENS VIVES. *Aproximación a la historia de España*. Barcelona, 1962, pp. 192-3.

ñoles. Más aún, una tajante oposición enfrenta lo hebraico y lo hispano"[25].

El rechazo de lo judaico en la historia de E paña lleva a D. Claudio a revivir el mito de la cobardía de los judíos que impu o la casta cristiano-vieja en los siglos XVI y XVII y que se refleja en la creencias y en la literatura de entonces. Para D. Claudio la valentía de Cervantes lo hace *limpio de sangre* más allá de toda duda: "Si me atuviera a fijar calidades y fallas temperamentales como peculiares de estos o los otros grupos de españoles entre 1547 y 1615, podría enfrentar con la supuesta ascendencia judía de Cervantes, su valor en Lepanto y su audacia en Argel..."[26]. O dicho e to mismo de otra manera: el judío es cobarde *per se*[27]. D. Claudio adopta la misma actitud del villano de *Peribáñez,* de Lope que creía que los hidalgos tenían que ser cobardes por su judaísmo encubierto: ¡Qué piensen esto judíos que no mean la pajuela![28]. Don Claudio repite respecto de Cervantes lo que Juan Arce de Otárola escribía en 1559 en *Summa nobilitatis Hispaniæ:* "Los descendiente de judíos no poseen ni las cualidades ni las costumbres de los nobles de España, porque lo hijo dalgo de España siempre han servido y sirven en las guerras a los reyes y al reino con sus personas y haciendas. Estos otros *nunca van a la guerra sino como médicos y cirujanos...*"[29].

En cuanto a la importancia de lo árabe en la hi toria de E paña, D. Claudio ha mantenido dos actitudes diferentes a lo largo de su labor de historiador. Una es la que ya ha ido apareciendo en e tas páginas: lo árabe, como lo judío, no tendría importancia en la "forja" de lo español. O tendría una importancia mínima. Esta actitud se manifiesta sobre todo en su *opus magnum* anticastriano, en *España, un enigma histórico.* Basta tener presente el epígrafe del capítulo cuarto de este libro para percibir este punto de vista. Ese capítulo se titula *No se arabiza la contextura vital hispana.* Sin embargo, con anterioridad a sus estudios anticastrianos, D. Claudio había escrito

[25]Primera edición de *España, un enigma histórico,* p. 164.

[26]2ª edición de *España, un enigma histórico,* p. 764.

[27]Sería interesante conocer la opinión de D. Claudio sobre Mo he Dayan y sus soldados.

[28]V. mi e tudio *Paralelismo antitético en "Peribáñez y el Comendador de Ocaña* en *Estudios Filológicos* (Valdivia, Chile), T. º 5, 1969, pp. 91-127.

[29]Citado por A. CASTRO. *De la España que aún no conocía. Estudios Filológicos* (Valdivia, Chile), T. Nº 5, pp. 7-58. La cita de Otárola stá en la p. 20. La lidia de toros no es ajena, según A. Castro, al deseo vehemente de la casta cristiano-vieja de singularizarse por su valentía frente a la cobardía implícita a la *impureza* de sangre: "El mostrar en público ser capaz de llevar a efecto una acción temeraria e individual, se aureolaba en España de una dimensión colectivamente prestigiosa, pues hacía ver bien claro que el temerariamente valeroso po eía esa virtud por pertenecer a la casta de los cristianos viejos, y que era por tanto auténticamente noble". Est. cit., p. 13.

un artículo en el cual asignaba, aparentemente, una importancia decisiva a la invasión musulmana en el desarrollo de la historia de España. Este estudio se titula *España y el Islam* y apareció publicado por primera vez en el Tomo XXIV de la *Revista de Occidente,* en el año 1929. Lo sostenido entonces en ese estudio será calificado por él mismo como su "añeja teoría"[30]. Esa "añeja teoría" habría sido rechazada inicialmente por A. Castro. Pero después la habría aceptado y desarrollado originalmente[31]. Habría así una clara asintonía en las obras de estos dos historiadores: D. Claudio habría empezado exaltando la importancia de lo árabe en la historia de España y habría terminado por rechazarla, con A. Castro habría sucedido a la inversa. En las frases citadas en la última nota, el propio D. Claudio reconoce que A. Castro 'desenvuelve y transforma' su teoría arabista. Esto significa que el pensamiento de ambos autores tiene amplia independencia el uno del otro. Conviene que nos refiramos ahora a lo principal del estudio de D. Claudio, ya citado, sobre la importancia de lo árabe en la historia de España. De su lectura es posible concluir que hay algunas ideas expuestas por Sánchez Albornoz que 'desenvolverá y transformará' —más adelante— A. Castro. En las páginas 39 a 41, D. Claudio expone que la tolerancia religiosa en la Edad Media española es de signo musulmán; establece que la sostenida lucha entre moros y cristianos produjo el exacerbamiento del sentimiento religioso de estos últimos y el crecimiento del poder de la iglesia católica hasta producirse en España la confusión entre Iglesia y Estado[32]. Todo esto está claramente enunciado aquí, pero sin mayor desarrollo. D. Américo dará una dimensión mucho mayor a estos temas. Además hay puntos —dentro del trozo señalado— en los cuales las diferencias de enfoque son tajantes. Así, por ejemplo, D. Claudio dice que la lucha secular entre moros y cristianos "produjo una exacerbación del sentimiento religioso, siempre vivo, *de los iberos* (el subrayado es mío); para A. Castro es inaceptable atribuir al ancestro ibérico importancia en la intensidad vital que la religión ha tenido y tiene en el pueblo español. D. Américo sostiene que la intensa religiosidad española comienza a existir y se hace posible precisamente por el enfrentamiento producido entre cristianos y musulmanes a raíz de la

[30]"Todavía en 1942 rechazó [A. Castro] por dos veces... mi añeja teoría sobre los resultados decisivos que los contactos pugnaces y pacíficos de España y el Islam habían producido en el hacer de nuestra patria común". *España, un enigma histórico,* p. 12.

[31]"De pronto... Castro se convierte a la doctrina que había combatido y, desenvolviéndola y transformándola, con gran agudeza y audacia, se lanza apasionadamente a demostrar que todo en España es resultado del maravilloso desborde de la marea arábigo-hebraica sobre los arenales peninsulares". Op. cit., p. 12.

[32]Las referencias a páginas de este estudio, y las citas que haga de él, se refieren a su segunda edición aparecida en el librito de D. Claudio, *España y el Islam,* Buenos Aires, 1943.

invasión de la Península por estos últimos. El ancestro ibérico no tendría aquí nada que hacer, ni poco ni mucho. A pesar de la diferencia señalada, predomina en el conjunto de temas enunciados aquí arriba una estrecha proximidad entre el D. Claudio de la primera época y el D. Américo de la segunda. Pero es inútil esforzarse por encontrar más coincidencias. Leído atentamente el estudio de D. Claudio de 1929 resaltan más bien las radicales diferencias que van a expresarse tan nítidamente, andando el tiempo, en los años de madurez de ambos historiadores. Dondequiera que fijemos nue tra atención encontramos en el estudio de D. Claudio dos de las componentes de su labor de historiador que ya hemos señalado: su actitud valorativa y su tradicionalismo. Lo valorativo toma el sesgo de sindicar como dañino para España gran parte de los hechos hi tóricos que, según opinaba entonces, provendría de la influencia de lo islámico en la Península. Y el tradicionalismo es lo que sirve de fundamento sólido a la apreciación negativa de lo árabe.

El Islam habría actuado negativamente en el devenir de España porque su influjo habría sido determinante para la desorganización política y social de España en la Edad Media (p. 44); la base de esto estaría en que la invasión habría acentuado el "particularismo ibero" (p. 24); la economía peninsular habría también sufrido retrocesos por la misma causa (p. 33). Unicamente en lo referente a la cultura el Islam habría actuado positivamente (pp. 44 y 45).

Ya en este estudio de 1929, D. Claudio pensaba de manera latente que la *verdadera* España era la anterior a la invasión árabe. Esta invasión no habría hecho más que *torcer* el destino de la auténtica España. Aunque en ese estudio se proponía examinar la importancia del Islam en la historia de España, concebía su patria como algo opuesto y diferente a ese secular enemigo religioso e histórico. Esto está dicho varias veces de manera muy clara: "Los resultados de la pugna secular con el Islam, *de aquella terrible desviación de mi patria de su camino real...*" (p. 8. El subrayado es mío); "Empiezo atacando el problema principal, en torno al cual se produce —en mi opinión— *la gran desviación de la historia española...*" (p. 9. Me pertenece el subrayado). En las páginas 14 a 15 hay un trozo breve en el que se amontonan las expresiones en las que D. Claudio expresa netamente su idea según la cual el Islam es un elemento ajeno y entorpecedor de la auténtica historia de España: "[el Islam] torció los destinos de Iberia"; la invasión musulmana fue un instante "trágico" para España; "éste fue el minuto decisivo de la vida de España"; España ha hecho cosas grandes dentro de la Cultura Occidental "a pesar del Islam", etc.

Es realmente asombroso que el tradicionalismo histórico de D. Claudio lo lleve a aceptar como *español* lo perteneciente a todos los pueblos que desde la remota prehistoria hasta los visigodos han exis-

ti o en la Península, menos lo que en algún grado esté relacionado con lo árabe, o con lo judío. Esta actitud será más tajante y más conciente en su *opus magnum* anticastriano. Pero de un modo muy vivo su tradicionalismo y su hostilidad a lo semítico actuaba ya en la interpretación que en 1929 daba a la incidencia de lo árabe en la historia de España. Al no querer aceptar en la "forja de lo hispano" la indudable importancia que ha tenido en ello lo árabe y lo judío, la historia de España se le torna a D. Claudio enigmática.

§ 3. VICENS VIVES: HISTORIA DEL HOMBRE COMÚN

Vicens Vives quiere hacer la Historia de España partiendo de hechos, en lo posible cuantificables, y basándose en documentos antes que en la interpretación de los acontecimientos pasados. Los hechos documentados del pretérito revelarían el objeto unitario de la historia, la vida humana: "Creemos fundamentalmente que la Historia es la Vida, en toda su compleja diversidad"[33]. La vida humana se manifiesta, en primera instancia, numéricamente. El hombre común se convierte así automáticamente en el objeto esencial de la historia: "Intentamos captar la realidad viva del pasado, y, en primer lugar, los intereses y las pasiones del hombre común"[34]. El hombre común es siempre mayoría y constituye la mayor parte de la vida pretérita de un pueblo determinado. La estadística es un método imprescindible para la tarea histórica[35]. Todo lo determinable de un modo empírico que condicione al hombre común tiene su lugar en la historia. Lo demográfico, la estructuración de la población en diversas clases sociales, la distribución de los bienes, costumbres y diversiones, lo económico y lo espiritual, son materias que debe abordar el historiador para hacernos perceptible la vida pretérita del hombre común[36].

Vives quiere hacer una historia de España diferente a la de A. Castro y a la de Sánchez Albornoz (o Menéndez Pidal). Especialmente quiere mantenerse lo más apegado a los "hechos" que le sea posible y apartarse cuanto pueda de las "interpretaciones". Pero su obra de historiador está hondamente marcada por las ideas y las "interpretaciones" de A. Castro. A menudo Vives se ve obligado a pronunciarse sobre las ideas de D. Américo. En este proceso de hacerse cargo

[33] *Historia social y económica de España y América,* dirigida por J. Vicens Vives. Madrid, Barcelona, 1957, T. I, pp. 16-17.

[34] *Idem supra.*

[35] "La vida colectiva no puede descifrarse si no recurrimos, como primer instrumento, al método estadístico. En la historia, la estadística no es la mera acumulación de cifras; es el arte de aplicar porcentajes y constantes, promedios y coeficientes". J. VICENS VIVES. *Aproximación a la historia de España.* Barcelona, 3ª edición, 1962, p. 16.

[36] Cómo todo esto hace el objeto de la historia, está expuesto en la *Historia social y económica...* en las pp. 17 a 21.

del pensamiento castriano, Vives refleja algunas vacilacione . En una oportunidad, por lo menos, expresa un rechazo categórico y hasta ofensivo de la obra de Castro[37]. En otras oportunidades, por el contrario, manifiesta su admiración por la obra de D. Américo y exalta su importancia dentro de la historiografía[3] . Su enfrentamiento con las ideas de A. Castro suele tomar el falso sesgo de referirse conjuntamente a las ideas de D. Américo y a las de S. Albornoz. Vive no logró —según parece— tener en claro la diferencia esencial que exi te entre ambos autores. Mientras A. Castro realiza una revolución copernicana en la historia de España, S. Albornoz reformula de una nueva manera las viejas tesis tradicionalistas. S. Albornoz es, muy principalmente, un historiador anticastriano. Un curioso proceso de erostratismo histórico ha hecho posible que gran parte de la fama y de la importancia de las obras de A. Castro se trasladen a las de S. Albornoz. Pero un historiador alerta debió haber superado esta equivocada valoración del aporte de estos dos autores y haber di tinguido lo original de lo epigonal. En la práctica, se le impuso a Vives la con istencia mayor de la construcción histórica de D. Américo. La prueba de esto es muy sencilla: las ideas castrianas son las que más frecuentemente cita en sus libros. Y, en conjunto, las que acepta con mayor frecuencia aunque a veces haga esto a regañadientes.

Respecto de la articulación de la *Hispania romana* con la España propiamente tal Vives, arrastrando los pies, termina por plegarse a la idea de D. Américo según la cual lo romano queda fuera de la historia española ya que el agente histórico de esa *Hispania romana* se inscribe en el amplio orbe del mundo romano antiguo y no del español[39]. En cuanto a la escasa importancia de lo visigodo en lo español, el acuerdo de Vives con A. Castro, es completo[40]. En lo que se refiere a las con-

[37]"Como tampoco les ha desalentado [a los redactores de esta historia] la proliferación de ensayos históricos, brillantes, sen acionalmente "vividuriales", en que se reitera el consabido malabarismo de ir intercalando imágenes, palabras, concepto y signos cabalísticos". *Historia social y económica...*, p. 14. o cabe duda que el término "vividuriales" está aludiendo aquí sin nombrarlo, a D. Américo.

[38]"Nos falta añadir a estas corrientes las aportaciones, a veces capitales, de los historiadores extranjeros que se han ocupado de España y *las no menos contundentes interpretaciones de dos de los astros intelectuales de la España peregrina*". *Aproximación...*, p. 9. En lo subrayado por mí se refiere a D. Claudio y a A. Castro.

"Las obras de ambos maestros [A. Castro y S. Albornoz] representan, a mi juicio, una contribución singular e inteligente, por lo que debemos de e tarles reconocidos. Hoy sería ya inconcebible hacer historia de España in contar con *La realidad histórica de España* o *España, un enigma histórico*". Idem supra, p. 20.

[39]"Después de haber hecho un buen repaso de mis clásicos y de haber recorrido la trayectoria de la historia económica de España bajo Roma, me encuentro ahora en una posición, empírica, no muy distante de la de A. Castro, aunque más aproximada a la de J. Caro Baroja... De todas maneras, no está dicha la última palabra, y todos deseamos la floración de una escuela de historia clá ica que pudiera responder a las interrogantes que les formulamos". *Aproximación*, p. 185. ,

ecuencias de la invasión musulmana en la Península, Vives se inclina también por la idea de Castro y, con matices, afirma que esta invasión rompe la continuidad de la España que empieza a surgir entonces como entidad histórica nueva con la antigua *Hispania romana* y visigótica[41].

En las páginas 60, 61 y 187 de su *Aproximación,* Vives trata el tema del culto a Santiago en la España medieval. En inequívoca alusión a D. Américo dice, aceptando la importancia del culto a Santiago en esa época: "aunque no sea necesario sacar de quicio las cosas y presentar la figura de Santiago como anti-Mahoma" (pp. 60-1). Pero la verdad es que D. Américo no ha sacado de quicio nada. En todo caso habría que acusar de exagerado al juglar del *Mio Cid* porque él fue el que dijo: *Los moros llaman Mafómat, e los cristianos Santi Yagüe* (v. 73). Curiosamente Vives se manifiesta de acuerdo con S. Albornoz respecto de la significación del culto santiagueño en la España medieval cuando ha sido A. Castro el historiador preocupado por hacer comprensible este culto en toda su complejidad y D. Claudio quien ha tendido a disminuirlo[42]. Este sería un inequívoco ejemplo del erostratismo histórico que hemos señalado y que aquí funciona como traspaso de ideas.

Un hecho de singular importancia para comprender la historia de España es, según A. Castro, la vida estructurada en castas de creyentes que se originó en la Península después de la llegada de los musulmanes. Las personas fueron afincando su vivir, paulatinamente, en el hecho de ser cristianas, judías o musulmanas. Vicens Vives no encuentra asidero posible para rechazar esta teoría. Aunque en algún pasaje de su *Aproximación* vuelve a hacerse presente su acusación de exageración a A. Castro[43], termina por aceptar en dos ocasiones esta teoría. Primero lo hace de una manera restringida: "La teoría de la triple morada del castellano del siglo XIV parece conformar una estruc-

[40]"Sánchez Albornoz había establecido una interesante teoría sobre los orígenes del pueblo castellano (coyunda de vascos, cántabros, visigodos). Esto está ahora arrinconado por la arqueología y la lingüística. También ha sido arrumbado el famoso proceso de la fusión de razas entre godos e hispanos". *Aproximación,* p. 186.

[41]"Ya en la primera edición de esta obra había subrayado mi parecer sobre el carácter catastrófico de la invasión musulmana, que derrumbó de golpe una estructura social". *Aproximación,* p. 186.

[42]..."estamos de acuerdo con Sánchez Albornoz en que lo importante no fueron ni el hecho ni el procedimiento de su hallazgo, sino la fuerza espiritual que lo reclamaba como adalid del pueblo cristiano en el transcurso del siglo IX. *Aproximación,* p. 187.

[43]"Aún considerando que el autor ha forzado la nota en alguna ocasión y que no se le puede seguir sin gran crítica por su itinerario espiritual —ideologismo de alta escuela—, encuentro su teoría más aceptable que la de C. Sánchez Albornoz"... *Aproximación,* p. 192.

tura espiritual que sólo se dio en casos muy especiales" (*Aproximación,* p. 94); pero, más adelante, la acepta de un modo más decidido: "En definitiva, y ello es lo que pesa más en mi ánimo, la hipótesis de Castro encaja más que la de su contraopinante [S. Albornoz] con lo documentos sobre economía, sociedad y cultura del siglo XV que yo he examinado directamente durante dos decenios" (*Id.,* pp. 192-3).

El múltiple papel de lo judaico en la historia española revelado por las obras de Castro es aceptado en términos generales por V. Vives. Una muy exacta explicación del fundamento castizo que tiene entre los castellanos del siglo XVI su desprecio por el trabajo y el enriquecimiento que éste acarrea, formula Vives en la p. 126 de su *Aproximación:* "En definitiva, los que poseen el dinero... lo petrifican en construcciones... o lo sacralizan en obras de arte. Pero ninguno cede a la tentación industrial o simplemente mercantil. Detrás de esta mentalidad se dibuja no ya la soberbia castellana, sino el empeño de honra, que en este caso es distintiva respecto al supuesto ideal judío de la usura y de la ganancia ilícita". El abolengo castriano de esta idea es sobradamente conocido para insistir en ello. Este rechazo de los cristianos viejos por realizar tareas que los pusieran en peligro de ser tenidos por cristianos nuevos tiene su sentido dentro del contexto más amplio de la sorda pugna entre conversos y cristianos. Pugna que también acepta V. Vives siguiendo también aquí las ideas de D. Américo: "La oposición entre cristianos y conversos es un hecho que no admite réplicas". (*Aproximación,* p. 194). Uno de los redactores asociados a Vives en la *Historia social y económica...* el señor Sobrequés, acoge, por su parte, la idea de Castro sobre el origen judío de la intolerancia inquisitorial, aunque encuentra "exagerada" la formulación que a esto le ha dado D. Américo[44]. Pero otro redactor de esa obra, el S. Reglá, desecha las ideas de Castro sobre la importancia de lo judaico en lo español y prefiere la concepción de la "antibiosis" de D. Claudio: "Sánchez Albornoz, en cambio, procura establecer los justos "límites de la contribución judaica a la forja de lo español" y observa sagazmente que ésta fue siempre de carácter negativo: no transmitió cualidades, sino que provocó reacciones" (*op. cit.,* T. III, p. 118).

No es extraño que haya alguna contradicción entre Vives, director de la obra colectiva que venimos citando, y alguno de sus colaboradores. Como señalé antes, el mismo Vives, personalmente, se contradijo y vaciló frente al pensamiento de A. Castro. Para nuestros fines, sin embargo, lo importante es tener presente que un hombre tan escrupuloso y con tanto apetito de objetividad y documentación, no

[44]..."es muy cierto que el sentimiento de intolerancia fue algo ajeno al clero hispano medieval" (Op. cit., T. II, p. 182). Esta intolerancia provendría, por lo tanto, de los conversos.

pudo dejar de aceptar ideas centrales de la construcción de D. Américo. Esto cobra mayor relieve aún si se tiene presente la muy diversa ncepción de la historia que sustentan estos dos autores. Concepción diversa que abarca desde el objeto mismo de la historia hasta la metodología propia de esta disciplina. En muchos puntos muy importantes la historia para D. Américo es algo diametralmente opuesto a lo que V. Vives entiende por tal. Esto quedará esclarecido de un modo suficiente para el lector cuando lea lo que he escrito en otra parte sobre la concepción de la historia de Américo Castro. Lo importante aquí es resaltar el extraordinario influjo que las ideas de A. Castro tienen en la obra de Vives, no obstante las profundas diferencias de todo orden que existen entre estos dos historiadores.

UNIVERSIDAD AUSTRAL DE CHILE
(Valdivia)

UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE FILOSOFIA Y HUMANIDADES
BIBLIOTECA EUGENIO PEREIRA SALAS